

## Fernando Sorrentino

### Cuatro lirios

#### 1. La música favorita

Hace unos días salí de casa y doblé por Olazábal. Caminé unas pocas cuadras y, antes de llegar a Cuba, vi a una viejecita de cara simpática y alegre. De pronto, cayó de su bolso un sobre. La viejecita no se dio cuenta. Yo corrí, tomé el sobre con disimulo y comprobé que contenía un buen toco de plata.

Fui a casa y escondí el dinero dentro del libro de matemática. Pensé que con esa plata podría comprarme unos cuantos discos de mi música favorita, la más bárbara del mundo, y, mientras pensaba en eso, puse mi equipo de audio a todo volumen, para aclarar mis ideas.

Al día siguiente, me di cuenta de que no había procedido bien: en lugar de los discos, decidí hacer un sacrificio y comprarle a mi mamá una picadora de carne o un cuchillo eléctrico.

Me dirigí entonces a la avenida Cabildo, para hacer las averiguaciones del precio de la picadora y del cuchillo. Fui por Mendoza, pero volví por Olazábal, y allí estaba todavía la viejecita. Caminaba desde Arcos hasta Cuba y desde Cuba hasta Arcos, con la vista fija en las baldosas, como si buscara vaya uno a saber qué.

Oí que el portero de una casa de departamentos le decía a una señora:

—Es que perdió el sobre con la jubilación. Pasó toda la noche buscándolo.

Yo entonces salí volando para casa y busqué la plata que había escondido en el libro de matemática. Tiré el sobre a la basura y me guardé los billetes en el bolsillo del pantalón. Y corrí, corrí, corrí como una bala hasta la avenida Cabildo, donde me compré los discos de la música más bárbara del mundo.

[286 palabras]

[1536 caracteres con espacios]

#### 2. La fórmula mágica

El sábado a la noche soñé con un hechicero. Estaba vestido como los hechiceros de los cuentos, con una túnica negra y un altísimo bonete puntiagudo. La túnica y el bonete estaban estampados con muchas medias lunas y estrellas plateadas. El hechicero era muy flaco, muy viejo, y tenía nariz muy huesuda y una barba muy larga y muy blanca. Pero lo importante es que, en sueños, me reveló los componentes de la fórmula mágica de la invisibilidad. Se ve que tengo estos sueños porque mi papá es farmacéutico, y yo estoy acostumbrado a las fórmulas.

Apenas me desperté, anoté todo en un papel y fui a buscar a mi amigo Marcelo, ya que quería compartir la experiencia con él. Nos encerramos en el

laboratorio de la trastienda y pusimos en acción un ejército de tubos, probetas y alquitaras, y de unos a otros pasábamos ácidos y polvos y otras porquerías que allí abundaban y que no sé para qué pueden servir. Estábamos entusiasmados y en realidad ya no seguíamos la fórmula del hechicero y más bien nos dejábamos llevar por nuestra propia iniciativa, que consistía siempre en agregar más y más ingredientes, hasta que llenamos por completo un frasco enorme con un líquido negro, espeso, hirviente. Marcelo revolvió todo con una cuchara de madera y pasó una cantidad del líquido a un tubo de vidrio.

Entonces traje a mi perrito Lucas y, como se resistía de mil modos, tuve que obligarlo: le sujeté con fuerza el hocico y le hice tragar el contenido íntegro del tubo. El vidrio quemaba entre mis dedos y Lucas abría muy grandes los ojos. Cuando lo solté, el perro hizo una cosa rara, como una serie de toses o estornudos, y se quedó quieto, respirando apenas. Durante más de una hora Marcelo y yo lo observamos con atención, pero no ocurrió nada notable.

—Esta fórmula no sirve para perros —dije, al comprobar que Lucas había muerto.

—Bueno —contestó Marcelo—. Veamos si la fórmula del hechicero es buena para nosotros.

Volvimos a llenar el tubito dos veces y, primero yo, luego él, nos bebimos una buena porción de ese líquido negro y humeante. Por momentos parecía jarabe para la tos, por momentos parecía azufre o pólvora. Marcelo, como Lucas, se ahogó un poco y estornudó varias veces seguidas, pero a mí, en cambio, se me inundaron de lágrimas los ojos y sentí una llamarada de calor en la cara y en el estómago.

Con toda paciencia, esperamos una hora, y luego otra y otra hora. Como vimos que no nos sucedía nada, nos sentamos a mirar televisión y tuvimos que admitir que el hechicero se había burlado miserablemente de nosotros.

[450 palabras]

[2542 caracteres con espacios]

### 3. El mago

Para mi cumpleaños, mamá me preguntó si quería que viniera un payaso o un mago. Los payasos me parecen estúpidos, de manera que elegí el mago.

Éste resultó ser un hombre flaco y pálido, pero con unos cuantos detalles negros: el cabello, el bigotito, el smoking, el moñito y su valija maravillosa.

Saludó con ademán anticuado y gentil, y los chicos empezamos a gritar:

—¡El ma-go, el ma-go, el ma-go, el ma-go!

El mago sonrió, complacido, y realizó diversas pruebas —que yo ya había visto en otros magos—, tales como, por ejemplo, multiplicar un solo pañuelo en siete u ocho, o extraer de una galera negra una paloma blanca. También, con los naipes que se usan en las películas del lejano oeste, hizo una cantidad de trucos que no logré entender.

—Este prestidigitador es muy bueno —dijo papá en voz baja.

El mago, no sé cómo, lo oyó:

—Le agradezco su opinión —contestó—. Pero yo no soy un prestidigitador sino un mago.

—Bueno —replicó papá, con su habitual suficiencia—. Digamos que es un mago, no un prestidigitador.

—Veo que usted no me toma en serio. Para que se convenza, voy a convertirlo a usted en algún animal. ¿Cuál prefiere?

Papá lanzó una risotada que casi nos deja sordos, con una boca muy grande, como si fuera un hipopótamo. Pareció leer mi pensamiento porque, justamente, dijo:

—Ya que me da a elegir, conviértame en un hipopótamo. Y a los demás, en los animales que más le gusten.

El mago hizo una breve morisqueta y movió los dedos y los brazos, y papá se convirtió en un hipopótamo: en sus ojos globosos perduró unos instantes una chispita de terror.

—Este hipopótamo se ocupa todo el departamento —dijo el mago, con reprobación—. Será mejor que siga con animales más chicos.

En seguida convirtió a mamá en un tucán, aprovechando, creo, que era medio narigueta. Después transformó a mi abuela en una tortuga. Con mis tías solteronas se lució: creó una lechuza, un quirquincho y una foca, todo dentro del estilo de cada una. A la casada, que era autoritaria, la convirtió en araña, y al sometido del cónyuge, en mosca.

Se mostró dulce con los chicos: fue convirtiéndolos en animales lindos y simpáticos: conejitos, ardillas, canarios. Pero a Gabriel, que era de cara ancha y con granos, lo transformó en sapo. A la bebida Lucila, de sólo dos meses, le dio el ser de un colibrí.

Cuando solamente quedé yo sin convertir, el mago me puso una mano en el hombro y me dijo:

—Vos tendrás que encargarte del cuidado de estos animales. Aunque la araña y la mosca, y algunos otros, van a arreglarse solos.

Guardó todo en su valija maravillosa, y se marchó.

Durante cuatro días intenté cuidarlos y alimentarlos, pero pronto me di cuenta de que esa labor me significaba un esfuerzo descomunal. Entonces llamé por teléfono al Jardín Zoológico; su propio director me agradeció y aceptó la donación.

Al principio, yo iba a visitar a mi familia y a mis amigos diariamente, después una vez por semana y, ahora, la verdad es que no voy casi nunca.

[525 palabras]

[2937 caracteres con espacios]

#### 4. Una broma pesada

Esta mañana, cuando sonó el timbre del recreo largo, yo me quedé en el aula, pues debía terminar una tarea que había dejado incompleta.

Para tramar alguna maldad en secreto, también se quedaron Beveretti y Campitelli, que se parecían en cuatro cosas: los dos eran altos, despeinados, rubios y traviosos.

Jugueteaban con una cosa negra y desordenada. Era una araña enorme, gorda y peluda, pero no verdadera, sino una araña de goma, de esas que se venden para gastar bromas.

Con sonrisas de perfidia, Beveretti y Campitelli colocaron la araña dentro del estuche de los anteojos de la señorita Mónica. La maestra era una mujer muy flaca y muy angulosa, con aspecto de desdichada. Yo le tenía mucha lástima, pues había oído contar que no se había casado por cuidar a su mamá paralítica, quien pasaba la vida en silla de ruedas. Aunque, de todos modos, ¿quién querría casarse con una mujer tan fea y tan miope como la señorita Mónica?

Pero, sea como fuere, yo no quería perderme el instante en que la señorita Mónica tropezase con la falsa araña.

De regreso en el aula, la señorita Mónica se sentó frente a su escritorio y, mirándonos a nosotros, extendió mecánicamente —como siempre lo hacía— la mano izquierda para buscar sus anteojos.

Al tocar, junto con los cristales, el cuerpo de la araña, tuvo que girar la cabeza para ver qué diablos era aquello.

Su expresión fue de enorme sorpresa:

—¡Oh! ¡Una araña! —exclamó—. ¡Mi plato preferido!

Y, sin calarse los anteojos, se llevó la araña a la boca y se puso a cortarle, con afiladas y exactas dentelladas, las patas, que fue tragando con voracidad. Así comió las ocho extremidades, los pedipalpos y los quelíceros. En seguida, aquellos afilados dientes blancos, que cercenaban a modo de guillotinas, se hincaron con precisión metálica en el abdomen y el cefalotórax.

En éxtasis de placer, con los ojos elevados hacia el cielo raso, la señorita Mónica fue masticando y tragando ciegamente la goma dura e indigesta. Y comía con tantas, con tantas ganas, que ni Beveretti ni Campitelli ni yo, ni nadie, nos atrevimos a desilusionarla, y por eso no le avisamos que, en lugar de una deliciosa araña de verdad, sólo se había comido una insípida araña de juguete.

[383 palabras]

[2211 caracteres con espacios]

Total de los 4 = [1647 palabras]

[*La Prensa*, Buenos Aires, 1º de julio de 1984.]

